

Jueves
Cinematográficos

NUM. 12
MAYO, 19

El Día
Gráfico



LUISA FERNANDA SALA.—Protagonista de la película «La tía Ramona»,
producción «Nacional Gaumont».



HAROLD LLOYD
EL CELEBRADO ARTISTA DE LA PARAMOUNT, QUE CUANDO NO HACE MUECAS
Y VISAJES RESULTA UN GUAPO CHICO, VA A EMPRENDER UN LARGO VIAJE
POR EUROPA.



BAJO LA MEDIA LUNA

Jaime Devesa, actor español, y Madeleine Mastellet, actriz francesa, protagonistas de una película que acaba de filmarse por cuenta de una gran empresa ultrapirenaica.



Luisa Brooke, la bellissima actriz de la Paramount, en una de sus últimas actuaciones, se ha visto convertida en una dependienta de zapatería. No le han faltado efectos.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL PALACIO DEL BAILE

Aquella noche, la muy noble dama lady King había organizado una fiesta de beneficencia en el "Palacio del Baile", a la sazón uno de los más suntuosos establecimientos londinenses.

En la calle y frente al Palacio, resplandeciente de luz de tonos varios de múltiple polioromía, un vigilante nocturno, de aspecto enfermizo, había instalado junto a un brasero, y, algunos instantes más tarde, su hija Jane le llevaba el escaso yantar. Mientras sacaba las vituallas de su cesta, admiraba la riqueza de los coches que, sin interrupción discurrían llevando parejas felices...

¡Lo que hubiera dado la pobrecita por entrar en aquel templo maravilloso y poder bailar!

Jane era menudita, pero tan bonita al mismo tiempo, que a pesar de todo, los invitados miraban al pasar. Al llegar lady King, orlada su cabeza por una soberbia diadema digna de una reina, se le anunció que la célebre "vedette" Frixie Braganza, que debía interpretar "Cendrillon", había sufrido un accidente y que no podría venir. La gran señora estaba desolada, pero su hijo Anthony, que la acompañaba, exclamó:

—Mamá, acabo de fijarme en una jovencita que hay frente a la puerta, que haría un "Cendrillon" maravilloso. ¡Es mucho más bella que la famosa Frixie!

Como era necesario tomar una resolución inmediata, se le propuso a Jane aquello, y la pobre muchacha creyóse por un momento estar en un paraíso encantado.

Las luces, la música y los cientos de parejas entregadas al dulce placer de la danza, habíanla dejado un tanto aturdida. Anthony había bailado con ella, y durante una hora, la humilde hija de un vigilante nocturno había sido la danzarina del hijo de lady King y de sir William King, juez famoso en todo el Reino Unido.

Para darle las gracias de algún mo-

do, lady King recomendóla al director del "Palacio del Baile", que prometió contratarla como bailarina profesional.

A este efecto, Jane fué convocada, algún tiempo después, en el domicilio del bailarín primero, José, encargado de dar cuenta de sus cualidades.

Este bailarín, depravado y cínico, reconoció que Jane era extremadamente bonita y susceptible de reemplazar inmediatamente a una de las profesionales del "Palacio del Baile" que, precisamente, acababa de casarse.

Sin embargo, Anthony, el hijo de lady King, no soñaba más que en la pequeña Cendrillon.

Cada día, venía a encontrarla al "dancing" y como ambos se adoraban, formaban proyectos maravillosos.

Pero ¡ay!, lady King trataba cuidadosamente de evitar que su hijo se casara con una plebeya, y resolvió poner fin a este enamoramiento que no le convenía.

Anthony no quiso saber nada de cuanto le decía su noble madre, y ésta, desesperada, fué al "Palacio del Baile", haciendo llamar a Jane al despacho del director.

—Señorita, usted no se casará nunca con mi hijo. Arrégleselas de forma que no le vea; si no, el director la echará a usted de aquí.

Jane salió, con la muerte en el alma, de la oficina, y cuando, algunos minutos después, lady King partía también, encontróse bruscamente en presencia de José, el bailarín primero del establecimiento.

Lady King estuvo a punto de desmayarse a la vista de este hombre que estaba ante ella, a quien hasta ahora lo había tomada por el conde Alban: un hombre que había sabido triunfar de ella y arrancarle una fotografía con una dedicatoria tan tierna como comprometedora.

Temblando de vergüenza y de arre-

pentimiento, echóle en cara todo el odio que por él sentía y todo su desprecio.

José encogióse de hombros. Su deporte favorito era el "chantage".

—Si antes de media noche no me trae una fuerte suma a cambio del retrato, no vacilaré en proovcar el escándalo.

Lady King, enloquecida, prometió ejecutarlo; pero había alguien que había asistido, sin querer, a esta escena: era Jane, la pequeña bailarina, cuyo corazón languidecía de amor.

Fuese al domicilio de José para intentar apoderarse de la peligrosa fotografía,

Algunos instantes después, volvióse a encontrar allí con Tony, que, celoso, había seguido, y con lady King, que había ido también, con la intención de hacer desaparecer la prueba de su falta.

Jane no traicionó el secreto que había sorprendido, y lady King exclamó cobardemente:

—Si he venido a esta "garçonniere", ha sido para probarte que Jane y José se burlan de tu credulidad.

La pequeña bailarina estuvo a punto de decir toda la verdad para salvar su amor amenazado; pero con una grandeza de alma sobrehumana, callóse, prefiriendo esto a que Tony se enterara de la falta de su madre.

Y lady King salió, llevándose a su hijo.

Sin embargo, Jane, que parecía no ser insensible a los requerimientos de José, quedóse en la "garçonniere" y consiguió apoderarse de la fotografía.

Antes de las doce de la noche llegó lady King con el dinero exigido por el pseudoconde de Saint Alban. José triunfaba. Mientras iba a buscar la fotografía comprometedora, que aquella noche iba a valerle una suma bastante redondita, Jane, que había cogido momentos antes aquella fotografía, entregóse a la culpable. Pero José se aperció de aquellos ma-

A PROPOSITO DE "VENUS"

JEAN MURAT

En un auto, elegante y rápido, y previo un sabio viraje para no atropellarme, para ante mí Jean Murat, al que no había visto hacía tiempo.

Londres, Berlín, Nice y París han ido paulatinamente llevándosele, gracias a los ventajosos contratos que se le han hecho desde todos esos puntos. Por otra parte, hay que reconocer que Jean Murat es el hombre de los viajes, de los trenes, de los barcos, del cambio perpetuo, del movimiento continuo; está a la vez en todos los sitios, y su actividad es infatigable. Hace apenas unas semanas que se ha terminado "Venus" y ya ha rodado Murat un nuevo film en Niza; se fué ocho días a Berlín, y ya de vuelta en París, me declaraba al día siguiente, por teléfono:

—Si no firmo nada, me iré a Inglaterra o a Niza; todo, menos quedarme inactivo aquí.

Sin embargo, firmó; y he aquí por qué "Broadcasting", que actualmente rueda, me ha permitido volver a ver un poco más a este muchacho de extraordinaria movilidad, de inigualable dinamismo.

—¿No siente fatiga?

—Sí, un poco; pero no por los viajes, sino por las carreras que tengo que dar siempre que me decido a quedarme en París; es espantosa la cantidad de cosas rezagadas que a uno le esperan, le sorprenden y le ocupan todo el tiempo...

—¿Y "Venus"?

—¡Oh, un encanto! Un hermoso papel en un hermoso film, y, Constance Talmadge fué una compañera deliciosa, fina y espiritual...

Jean Murat parece animarse repentinamente y empieza a hablar evocando recuerdos de Niza, Orán, Argel...; todo desfila ante sus ojos, y hasta los nombres de todos estos sitios, pronunciados por él, tienen algo de musical y una cálida poesía, según las inflexiones dulces de su voz, que, no obstante, sabe tomar su tono rudo y de buen muchacho, para preguntarme de pronto:

—Bueno... ¿París? ¿Y los estudios? ¿Qué pasa por aquí? ¿Continúan siendo tan hermosas sus mujeres? ¿y el cielo tan grisáceo? ¿Y los autores? ¿Continúan escribiendo obras psicológicas? ¿Sí? ¡Bien!... ya ve usted; mis ausencias no impiden ni que la tierra siga dando vueltas, ni que las gentes vivan igual; por consiguiente, ¡vivamos! Tomemos lo que se nos ofrece, sonriendo; seamos buenos camaradas, sin dispersarnos demasiado...; vivamos, rodemos por el mundo...

Pero en el auto que ahora nos conduce, siento un poco de miedo, lo confieso, ya que Jean Murat, aunque no se haya salido mucho de sus casillas, no vuelve a quedar tranquilo del todo mas que a fuerza de rodar, como él propone; además, aquella

tarde no sé qué me ocurre, pero es lo cierto que no me siento bien, lejos de París; motivo por el cual prefiero detenerle en un salón de té. Antes de entrar en él, miramos la vitrina de un librero; a Murat le gustan mucho los libros. ¿Qué tiene eso de extraordinario para un hombre que viaja tanto como él? "El que mucho ha leído, mucho ha retenido"—dice un antiguo proverbio—; pero podemos añadir de nuestra cosecha propia, que "el que mucho ha viajado, mucho ha podido observar". Los viajes han dejado en el espíritu del artista que nos ocupa una profunda impresión, a la que ya estaba predispuesto, por un don natural de psicología y análisis. Su intelectualidad es de contornos sencillos, picante, burlona, profunda, sin ser demasiado incisiva, sin embargo, y suficientemente afinada para permitir que su vida tome un curso interesante e inteligente... "Magia negra" dice uno de los títulos que tenemos a la vista... "China es un país de ensueño" afirma otro... "Alejarse" suspira el tercero; y teniendo miedo a que esta especie de llamada o conjuro repercuta en el espíritu de Jean Murat, antes de que pueda darse cuenta exacta, le he arrastrado hasta el salón de té, en cuya entrada nos encontramos, envueltos y casi atormentados por los horriblos acordes de un endiablado jazz...

J. LENOIR

nejos y saltó como un tigre para apoderarse de "su pieza de convicción".

—Devuélvame esa fotografía—exclamó, y cogiendo a la bailarina, la retorció el brazo.

Lady King precipitóse a su vez sobre el bailarín, y éste y las dos mujeres formaban un confuso grupo, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!—exclamó, con toda la fuerza de sus pulmones, Jane, que parecía descontar un socorro inesperado.

No se había equivocado. La persona que entró en la habitación no era otra que Tony. Este había decidido tener una última explicación con

Jane. Vió cómo las dos mujeres se defendían contra José, y acudió presuroso a socorrerlas.

José, muerto de espanto, escapó y creyó ponerse al abrigo de toda persecución, subiéndose a la cúpula del Palacio.

Abajo, la fiesta estaba en su período álgido; era precisamente la noche de gala en el "Palacio del Baile", y millares de parejas evolucionaban en el inmenso hall, resplandeciente de luces. Bien ajenos estaban de que sobre sus cabezas se libraba un duelo sin gracia ni cuartel, entre dos hombres.

Tony había, en efecto, perseguido a José por la cúpula en donde se había

refugiado, y había logrado darle alcance. Pero en aquel momento, cedió uno de los cuadros de cristal, y desde una altura de treinta metros cayó José, estrellándose contra el pavimento. No pudo pronunciar ni una sola palabra, a pesar de los esfuerzos que hizo: la muerte se lo impidió.

Lady King comprendió, por fin, toda la grandeza de alma de la pequeña bailarina, que no cesaba de repetirle:

—Tony no sabrá nunca nada... ¿Quiere usted darme un poco de su cariño?...

Entonces, volvió Tony al lado de ellas, y su madre depositó en sus brazos a la humilde bailarina, a la pequeña Jane, tan digna de él.

Cómo entré en Tombuctú después de haber filmado un león en libertad

Dos días antes de partir el buque del puerto de Marsella, se me informó por la dirección que estaba designado para acompañar una misión que debía visitar el Africa Occidental francesa.

Cuarenta y ocho horas para procurarse lo más necesario, como trajes «ad hoc» para los trópicos, sin olvidar el casco colonial y los comprimidos de quinina, es decir, los más indispensables para un operador que sabe lo que lleva entre manos.

En Marsella tuve el placer de encontrar a mi amigo Czipon, operador de Pathé Gaumont Metro Goldwyn, uno de los más antiguos reporters de actualidades y a Le Noan, de Pathé Revue, que iban de viaje.

El viaje entre Marsella y Dakar fué uno de tantos; completamente exento de interés.

Al séptimo día de navegación llegamos a Dakar y mientras la T. S. H. nos anunciaba que en París estaban a 14° nosotros disfrutábamos aquí de una temperatura de 30° a la sombra.

De Dakar a Bamako, por el Niger, capital del Sudan, hay cuarenta y ocho horas de ferrocarril de vía estrecha. Esta vía atraviesa países que nos hubieran parecido desprovistos de interés si no hubiera sido por la afluencia de indígenas que habían venido a ver pasar el tren ministerial; todos los negros en traje de gala estaban contenidos a distancia por los soldados senegaleses para los que la consigna es una segunda virtud.

En Bamako y durante la comida ofrecida por la Cámara de Comercio al ministro, me enteré que Mr. Maginot me había designado para seguirle y filmar su viaje a través del Sahara.

Este favor lo debí más que nada a mi pequeña talla y reducidas dimensiones, ya que las plazas eran muy disputadas y yo resultaba el operador menos molesto de todos.

Al llegar a Niafunké, me enteré de que un colono pesaba un león en libertad, llamado «Neron». Acompañado de dos periodistas, dije a un indígena que nos condujera cerca del león, sin darle más explicaciones, a lo que accedió gustoso.

Al cabo de dos kilómetros de marcha, como observáramos que íbamos dejando atrás las edificaciones, empezamos a inquietarnos acerca de don-

de nos iría a conducir nuestro benévolo «cicerone».

—Buscaré el león con ustedes, pero no sé si nos será posible verlo esta noche... es tan difícil...

Aquel «guapo» se creía lo menos que con nuestras cámaras y trípodes íbamos a intentar dar caza al león, en plena selva. ¡Casi nada!...

Desengañado por otro indígena que comprendía mejor nuestra lengua, volvimos nuestros pasos hasta la casa del propietario de «Neron».

Todavía recuerdo que penetramos en un inmenso corralón, y en ausencia del dueño, dirigíme a un indígena preguntándole si podría ver al león.

—¡Allí está! — me respondió. Volvíme en la dirección indicada y vi la fiera durmiendo tranquilamente a cinco metros de mí.

El salto que di y mi fisonomía justificaron ampliamente el consejo del negro, que me dijo inmediatamente, luciendo dos sartas de niveles dientes, al reír:

—¡Oh, no es malo, no tenga usted miedo.

El deseo del reportaje, es preciso que se nos reconozca esa justicia, domó nuestra legítima aprensión, lo que me permitió hacer algunos clichés y rodar al tranquilo «Neron».

De Niafunké a Tombuctú, hay dos días de viaje por el Niger. No se crea por eso que Tombuctú está cerca del río, sino a cinco o seis kilómetros. Llegase a ella por una especie de canal en forma de laberinto, que, os conduce hasta un desembarcadero, desde el cual es preciso hacer todavía tres kilómetros por tierra firme para llegar a la ciudad propiamente dicha.

A las 6 de la mañana, el comandante Fouré, gobernador de Tombuctú, nos esperaba y subía a bordo del «Marechal-Gallieni» donde el gobernador general Cande le daba la orden de volver a Tombuctú en compañía del operador cinematográfico y de los dos periodistas, para que pudiéramos filmar y relatar con facilidad la entrada del ministro en la ciudad.

Cuando llegábamos cerca de ésta, el comandante, que nos explicaba los numerosos preparativos que había hecho ejecutar para recibir dignamen-

te al ministro, se detuvo bruscamente y exclamó al percibir a lo lejos a los artilleros que nos aguardaban:

—Ya que esos morteros no tiran, me veré precisado a hacer las salvas reglamentarias con veintidós cohetes que hace tiempo tengo guardados.

Apenas había dicho aquellas palabras cuando, equivocadamente por la llegada de nuestro auto, que los artilleros creían precedía al cortejo ministerial, se oyó el primer cañonazo.

—¡Idiotas! — exclamó el comandante: no es el ministro.

Luego, un segundo cañonazo turbó la tranquilidad. Aquel fué el golpe de gracia para el comandante que se quedó en el fondo del auto anochado y deseando que la tierra se le tragara, mientras yo hacía una serie de signos más o menos cabalísticos a los artilleros para intimarles a que suspendieran su fuego honorífico.

Llegamos, por fin, donde estaban, y les hicimos comprender su error; aunque no dejaba, yo por lo menos, de experimentar cierta satisfacción y estar orgulloso al recordar que mi entrada en Tombuctú fué saludada por dos cañonazos. El ministro, que llegó un poco después, no se dio cuenta de que en los honores rendidos sólo habían disparado diecinueve cañonazos.

Permanecemos en Tombuctú solamente dos horas, pero tuvimos una recepción inolvidable. Dos días después, estábamos en Gao y allí tomamos los autos para la travesía del Sahara.

G. BAYE

Nuevo film de George O'Hara

Una nueva película de la «Radio Pictures», que se debe a la pluma de George O' Hara, y ha sido llevada ya a los Estudios de la RKO. Con ésta son ya 19 películas escritas por O' Hara asociado con Mal St. Clair como director.

O' Hara, que recientemente escribe para el cine, hizo su debut como escritor bajo la dirección de St. Clair en los Estudios de Mack Sennet, hace algunos años; a su pluma se debe también a la película de la Paramount Pictures «The Canary Murder Case» y «Beau Brodway», de la Metro Goldwyn Mayers.

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

UN CONTRABANDISTA AUTENTICO

Cuando se realizaba "La joven de alencia" en Mallorca, el "metteur en scène" Alfred Zeisler tuvo necesidad, para el desempeño de un papel episódico, de un tipo de contrabandista.

Desde que llegó a la isla se puso a buscar con ardor el tipo deseado, pero siempre sin éxito, hasta que un día el actor español De Pomés, que formaba parte de la troupe, fué a anunciarle, radiante de júbilo, que había encontrado lo que necesitaba. Hacia el mediodía presentose el nuevo artista, que tenía un verdadero aire de contrabandista. Se rodó la escena, y como es natural, dió tres y raya, en lo que para él era una verdadera profesión, incluso al director.

El "metteur en scène", intrigado, se preguntaba de dónde demonio había sacado De Pomés aquel magnífico ejemplar, cuando éste vino a desvanecer sus dudas:

—Gracias a su complacencia y galantería acaba usted de rodar a un contrabandista verdadero... ¡Acaba de extinguir la condena de tres años que le impuso el tribunal!

"THE SPANISH ARMIDA"

Así llaman los americanos a una joven española, bellísima y elegante, de profesión bailarina, que actuaba en las revistas más ruidosas que se representan en Broadway, hasta que un día fijóse insistentemente en ella Gus Edwards y la llevó a Hollywood. Llegar a poner el país en conmoción, fué cosa de un momento; pero cuando se armó la de San Quintín fué cuando lució sus dotes como bailarina, en un teatro..., llegando su fama del Atlántico al Pacífico en un periquete y extendiéndose por todo el país con una rapidez fulmínea.

Inoramos en este momento cuál sea el verdadero nombre de esta hermosa y sugestiva joven, que hasta este momento desconocíamos y emitimos todos los elogios que la Prensa americana dedica a miss Armida o miss Armada o ¡Miss la que se va a armar!

Porque esta niña arma una revolución en los vastos territorios del tío Sam...

¡Ya lo creo "que la arma miss Armida!"

DOS "PUNTOS" DE CUIDADO

En Newark fueron detenidos por dos detectives los notables malabaristas de la poca vergüenza señores L. Siebert y Robert Farrow, que se dedicaban a la innoble tarea de realización y venta de films obscenos, para lo cual disponían de talleres secretos.

Para cazar a este par de pájaos, dos hábiles detectives fingieron compradores, y adquiriendo dos films de los mencionados sujetos, que importaban la suma de 275 dólares, entregaron 200 en el acto, y el resto, a entregar dos días después. Como la moneda que entregaron estaba toda ella convenientemente marcada, los susodichos sujetos no pudieron negar su participación en la venta, ya que ésta se efectuó en un automóvil en marcha y en despoblado.

Han ingresado en la cárcel los aprovechados ciudadanos, y han sido recogidos todos los films que tenían en sus respectivos domicilios.

¡Duro con ellos! Y no se olviden tampoco de las "estrellas" que hayan tomado parte en el rodaje de tan asquerosos films.

El cine es un arte consagrado por todo el mundo y está muy por encima de lo que cuatro desvergonzados quieran hacer de él, maleándolo de este modo tan lamentable...

Es muy posible que los actores y firmas de los Estados Unidos tomen parte en el asunto para proceder contra estos desaprensivos individuos y procurar no se repitan tan lamentables hechos.

EL BRAZO DERECHO DE HAROLD

Francis T. Whalen, el hombre que piensa las cosas más raras y los trucos más divertidos, que después pone en ejecución Harold Lloyd, tiene, no obstante, en su casa un humor endiablado, según acaba de declarar su esposa, la excelente artista de vaudeville, Judy King, ante el juez, como un descargo en su petición de divorcio.

Los tribunales le obligan a pasar a su esposa la cantidad de 250 dólares mensuales.

Y ahora, el pobre señor se ha dado cuenta de que estaba enamorado de su mujer; ella era la que le inspi-

raba todos esos trucos geniales que tanto nos regocijaban...

Y está triste, pensativo...

¡Lo sentimos por Harold!

FIN

Blanche Sweet en sus ratos de ocio aprende a tocar la guitarra, desde que volvió de Inglaterra...

Miss Sweet tiene un gatazo, negro, de terciopelo, al que atribuye virtudes sobrenaturales..., porque la chica es supersticiosa.

El primer concierto de guitarra se la dió en el jardín al mencionado gatito...

Hizo bien en elegir este oyente, porque si por casualidad le da el concierto a su hermoso foxterrier... ¡La que se arma!

Un gran film dramático

J. de Baroncelli ha producido un film de gran intensidad dramática, digno de la fama de este escritor. Esta película en la que, sin ser un film de guerra, la aviación tiene un importante papel ha sido interpretado por dos artistas eminentes designados por el propio Baroncelli, que es director y autor del argumento a un tiempo. Son los primeros el consagrado actor Gabriel Gabrio, el inolvidable protagonista de «Los miserables» y la gentil Mady Christians, cuyo talento iguala a su belleza. En estas circunstancias, no es aventurado afirmar que la presentación de «El duelo», título que se ha dado a esta cinta en su adaptación, constituirá un gran éxito para la casa Gaumont, distribuidora del mismo.

Mady Christians no se había elevado nunca en aviación y tenía alguna aprensión hacia este moderno sistema de transporte, pero durante la filmación de «El duelo», que presentan las Exclusivas Gaumont, inducida por su director, M. Jacques de Baroncelli, efectuó varios vuelos con los aparatos empleados para la filmación de esta cinta, cuyo asunto es la rivalidad de dos aviadores enamorados de la misma mujer. La gentil artista se declaró cada vez más encantada de las ascensiones efectuadas y desde entonces es una entusiasta del deporte, que permite cruzar los espacios en rudo vuelo y contemplar la pequeñez de la tierra desde el azul del cielo.

LAS GRANDES ESTRELLAS

NORMA SHEARER

Norma Shearer cruzó las manos tras la cabeza y se recostó muellemente en la butaca.

—Es la personalidad, según mi modo de entender, el factor más importante en nuestra profesión, — dice. —Si no hay personalidad definida, es inútil cuanto se haga en cuestión cinematográfica. Es preciso tener en sí misma una confianza ciega y una dosis enorme de vanidad para atreverse a empeñar una lucha en la que las posibilidades de vencer, son tan débiles.

Y al decir esto sonreía con placidez.

—Tan pronto como desembarqué en Hollywood, creí que, una vez conocida mi llegada, directores y productores se apresurarían a reconocer mi talento y a solicitar mi concurso... ¡Pronto tuve la prueba de lo contrario! Mi presencia dejó completamente indiferentes a esos señores y pasó ni sé el tiempo antes de que alguien se enterara de mi existencia. Por tanto, tuve que contentarme con seguir trabajando de comparsa o desempeñando papeles insignificantes hasta el día en que mi tenacidad fué recompensada y el éxito dignóse sonreírme.

Un éxito bien merecido seguramente. Miss Shearer está ante nosotros, sonriente, graciosa y fresca como una flor salvaje. Es una mujercita encantadora. La ironía brilla en sus ojos, ironía que ejerce para sí, para el mundo en general, para el cine particularmente. Hay también cierta dureza en su mirada, una expresión de voluntad que es después de todo, esta cualidad, la que la ha hecho persistir hasta el éxito. Mirándola detenidamente, uno se la imagina oprimiendo los dientes y diciendo: «Es preciso que llegue. Es necesario que les muestre de lo que soy capaz.»

—A menudo debemos hacernos pesadas al público ya que no es sólo de nuestro físico de lo que hemos de lo que hemos de cuidar, — continúa: — Cada quilo de peso que ganamos o perdemos tiene su importancia y no podemos ni permitimos siquiera tener el aire fatigado; nuestras ropas tienen una gran importancia, no tanto, no obstante, como nuestro estado de alma. Tenemos que someternos a una especie de disciplina mental, porque la pantalla registra todo.

«Dos meses antes de empezar a rodar el film «Viejo Heidelberg», Mr. Lubitsch me explicó el papel que tenía que desempeñar.

«La heroína es excesivamente inocente, — me dijo. — ¿Es usted inocente?»

«Me quedé sin saber qué responder. ¿Cómo saber si una es inocente? A esta pregunta hecha a boca de jarro no supe más que tartamudear algo que desde luego distaba mucho de ser la respuesta categórica que de mí esperaba... creo que dije que «procurara» serlo.

«¡Bien! — me dijo con la preocupación reflejada en su rostro, — quiero que sea usted inocente, sobre todo en sus pensamientos, y su mirada. Es necesario que hasta que comencemos por lo menos el film, deje usted de ir a teatros, cines, brillar en el mundo... Viva retirada como una mujer sin pretensiones; no piense más que en cosas puras. Trate de hacerse la mentalidad de un niño que nada sabe de la vida.»

—Hizo usted todo eso Miss Shearer?

—Traté de hacerlo — dijo. — Todas las veces que iba de «soirée», volvía temprano a casa diciendo para mis adentros: «¡Esta es la última vez! ¡No saldré ya más antes de haber rodado este film!»

«Cuando empezamos a trabajar, tenía un miedo terrible — continuó. — Soy muy vergonzosa o miedosa o no sé lo que soy ¿sabe?»

En efecto, había oído algo de eso. El miedo de Norma ha llegado a ser una superstición más entre los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Todo el mundo sabe que antes de hilvanar una nueva producción, aparece Norma en el estudio. Lleva leído el manuscrito y viene a decir a los directores que no puede desempeñar el papel que se le ha reservado. No quiere arriesgar un fiasco, asegura, deshecha en un mar de lágrimas, y está completamente segura de no tener éxito. Ruega a esos señores que la excusen. Siguen las protestas acompañadas de sollozos; se la aconseja... se la calma, hasta que por fin, acaba decidiéndose, pero es tal su miedo que todas las primeras escenas hay que repetir las.

De pronto, se pone a trabajar con ardor, se empapa bien de su papel y

todo sale a pedir de boca. Se nos ha asegurado que siempre hace lo mismo en el estudio, y que todo el mundo dudaría del éxito de una producción si obrara de otro modo diferente.

—Supongo que todo eso forma parte del carácter, — nos dice. — Aunque en el fondo de nuestra alma tengamos la convicción de lo que somos capaces de hacer, no por eso dejamos de experimentar una penosa depresión al tener conocimiento de nuestros límites. A veces esta certidumbre nos domina hasta el extremo de paralizarnos.

«Un día, cuando terminé el trabajo, Lew Cody se me aproximó y me dijo: Norma, acaba usted de cometer una falta hace un momento. No se debe dejar arrastrar por esas nerviosidades. Al público no le gusta eso y su reputación podría resentirse.»

«Pero — respondí — lo que yo trato es de meterme en la piel de mi personaje y no puedo conseguirlo cuando siento sobre mí las miradas de muchas personas y hasta las críticas que sobre mi trabajo hacen. ¿No estoy en mi derecho al rogar a mis directores que cesen de mirarme?»

—Su derecho, Norma, — respondió seriamente W. Cody—es dominar sus nervios.

«Creo que tenía razón. Debo conservar el imperio sobre mí para poder, cualquiera que sean las circunstancias, hacer lo que de mí se espera y hacerlo del mejor modo posible.

Supongo que esto es una cuestión de disciplina.»

Interumpióse de pronto para preguntarme como encontraba su habitación. Momentáneamente habitaba en un hotel de Beverley-Hills, cuyas ventanas y balcones daban a las colinas vestidas de exuberante vegetación, doradas por un sol que ya iba hacia su ocaso.

Norma Shearer, es, según se ve, una estrella muy sobreaviso y que no olvida nada de lo que concierne a su profesión. Sin embargo, de cuando en cuando, es ve en sus ojos un destello de malicia y su sonrisita irónica se dibuja cuando menos se espera.

¡Deseo ardientemente que nunca la vida le haga perder tan delicada característica!

M. G.

CINE RUSO

LA CIUDAD DEL PECADO

El día 10 del que cursa, el «Colisée», el suntuoso salón de los Campos Eliseos dirigido por M. Maleville, que se transforma paulatinamente en cine de exclusivas, inauguró su nueva fórmula con uno de los films más característicos de la estación, «La ciudad del pecado».

Presentado este film en l'Empire al mismo tiempo que «Tempestad sobre Asia», «El Volga en fuego», «Las noches de Londres», «Miedo» y «Abajo los hombres», interesó vivamente al público profesional, que le reservó la acogida más cordial.

«La ciudad del pecado» producción de la Sowkino, puede calificarse entre los films más típicos de la nueva escuela rusa. La «mise en scène» se debe a Olga Preobajenskaia, que nos obsequia con una vasta visión, un maravilloso cuadro de las costumbres de los campesinos rusos antes y después de la guerra.

Es una verdadera página de vida la que nos describe el realizador, el cual no se ocupa de nada más que de la verdad, dejando a un lado todo cuanto de superfluo y ficticio hay en el cine, y hay mucho.

Así, pues, «La ciudad del pecado» se desenvuelve completamente en el mismo cuadro; cuadro que, no obstante su parte pintoresca, deja un sabor áspero y en el que los personajes tienen un acento trágico conforme a sus instintos y a su destino. Una historia sencilla y vulgar, susceptible de desarrollarse, y que se desarrolla en todas las campañas del mundo, más agravada en la rusa por la morbosidad del alma eslava.

Sin negar lo que la parte subjetiva de «La Ciudad del pecado» pueda tener de particular el espectador desea y siente la excelencia de ciertas situaciones y la feroz energía de los personajes.

La técnica del film no es menos original que el motivo del mismo. Olga Presbrajenskaia no ha omitido detalle, por insignificante que sea.

Ha utilizado un estilo de la más grande sobriedad y ha conformado las imágenes al ritmo mismo de la vida.

Este respeto a la verdad estricta, que le arrastra a veces hasta darle cierta sequedad, se vuelve a encontrar en las escenas más libres y encantadoras, como la de los trabajos campestres, la fiesta en la ciudad, la ceremonia de bodas, que son pruebas palpables de la maestría del realiza-

dor, al mismo tiempo que su sentido de la poesía de las cosas.

Se aplaudió mucho el maravilloso cuadro de la holganza que constituye una verdadera obra maestra de composición cinegráfica.

«La ciudad del pecado» está interpretada de una manera magistral por artistas que no tienen absolutamente nada de ficticio, defecto de que adolecen los profesionales. Estas gentes viven su papel más que lo desempeñan y nos dan la impresión de verdaderos campesinos. Esta sinceridad absoluta del juego cinegráfico es una de las marcas distintivas de la nueva escuela rusa y la que más nos seduce de ella.

No hay ninguna gran estrella en «La ciudad del pecado» y sin embargo, los artistas que interpretan los papeles principales son dignas de

codearse con las de más renombre. Citaremos a la conmovedora Zessarskaia en el papel de Anna, Fastrebitzky en el papel de Schironin y Babynin en el de Iván.

El gran público, cuyos juicios pesan mucho en la balanza de la crítica, suponemos que ratificará la opinión que los profesionales tienen de este film que nos ocupa. Film de excepción por el asunto y la técnica, «La ciudad del pecado» no puede dejar indiferente a nadie ni aun al profano en asuntos cinematográficos. A nosotros no nos queda más que dar las más efusivas gracias a la Pax Film por habernos revelado esta obra tan característica de un arte joven que todavía desconocemos.

B.

París.

El drama del «Mont Cervin» en la Paramount

El día 23, para cuya fecha estaba anunciado, debió estrenarse en el salón de Paramount «El drama del mont Cervin», maravillosa producción de «La Luna Film».

La obra de Mario Bonnard tiene un valor documental de primer orden, puesto que nos recuerda las circunstancias de las dos primeras ascensiones al Cervin en 1865 por el alpinista inglés Whymper y el guía Carrel.

El asunto de por sí, es extremadamente dramático. ¿Ha hecho bien Mario Bonnard incorporándolo a una acción sentimental, que da la sensación de muy débil al lado del drama formidable de la montaña? Quizá desde el punto de vista del público, pero nosotros lo sentimos, por comprender que se le resta valor al verdadero documento.

Por otra parte las circunstancias sentimentales de la acción son discretamente evocadas y no desdichan en nada del verdadero asunto, ni lo falsean, de ese asunto aplastante cual es la lucha por la montaña.

La realización de Mario Bonnard

es audaz. Las ascensiones, o más bien las tentativas de ascensión, ya que no llegamos a la cúspide del monte vertiginoso, están realizadas de mano maestra y nos permiten admirar extraordinarios paisajes de nieve y nubes pancromatizadas donde se reconoce la ciencia de los dos operadores que han intervenido, Willy Wintertein y S. Allgeier.

En el papel de Carrel volvemos a encontrar a Luis Trenker que ya se nos reveló como un gran artista en «La montaña sagrada» y que tiene una conmovedora máscara de trágico. El único papel femenino del film está desempeñado con muchísima gracia por Marcella Albani.

..

«El Drama del Mont Cervin» es uno de los films que apasionan al público, tanto como cualquier documental, ya que está harto de fastidiosas y estúpidas elegancias, sempiternas historias y dramas de ambiente burgués o de music-hall.

W.



WILLIAM BOYD Y ELIXOR FAIR

Esta acaramelada pareja, rodada en un film de Pro. Dis. Co., llega, después de diversas peripecias, hasta los pies del presbítero, que le otorga la bendición nupcial.

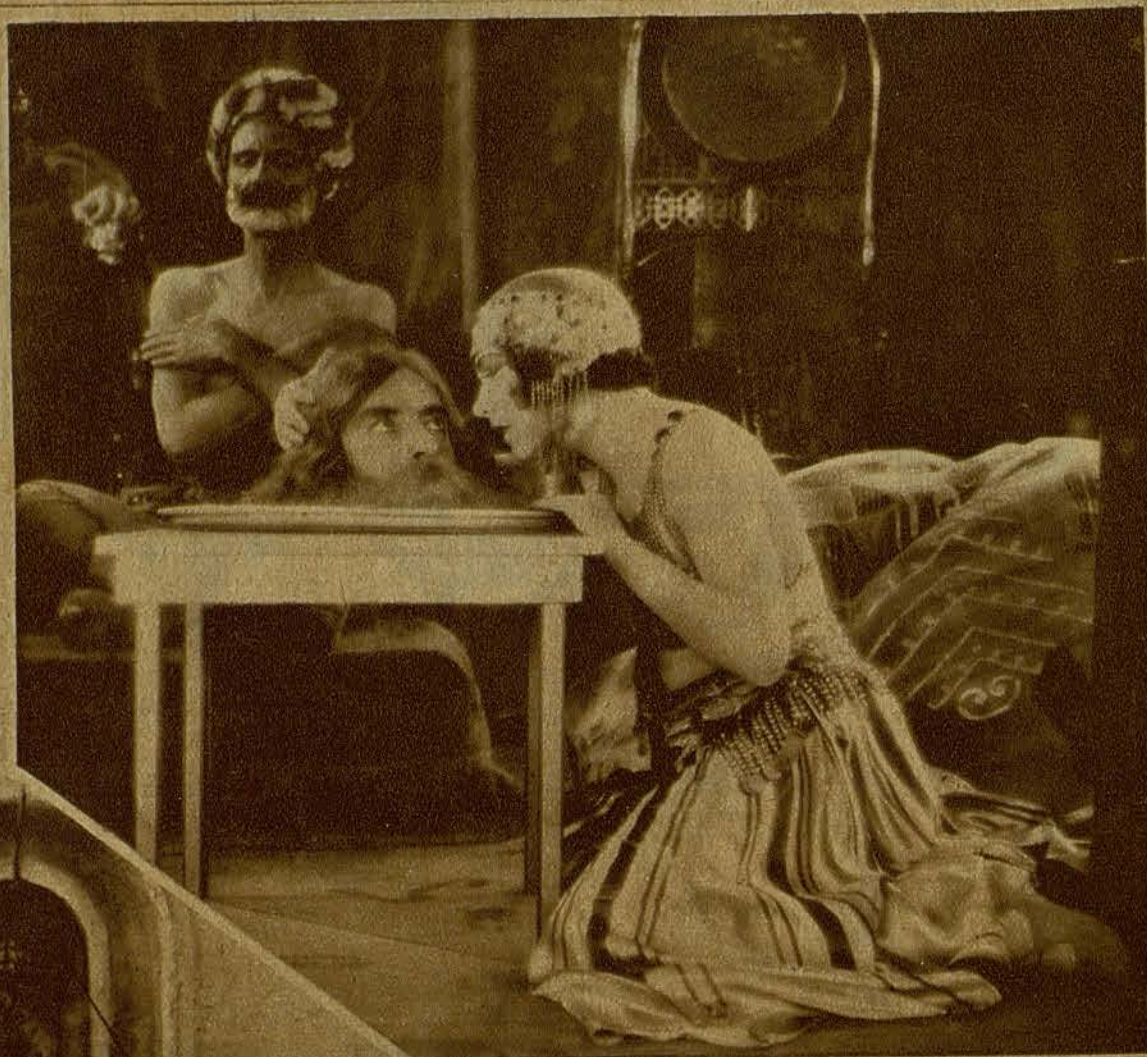
ENTRE BASTIDORES

El director Malcolm St. Clair, toma todas sus disposiciones antes de comenzar la filmación de una escena de la Paramount. Arriba Nibson aparece sentada sobre el pomo de la escalera.



ADORACION

Renée Adorée, la gentil artista francesa de la M. G. M., ahora la cabeza de John Gilbert, provista de una melena y de unas barbas sorprendentes.



RICARDO CORTEZ

Montado en una jaca que pretende ser española, sale de su cortijo. Todo ello sucede en una película de la M. G. M., tejida sobre una novela de Blasco Ibáñez.



MR. WILLIAM FOX Y MR. F. W. MURNAU
FOTOGRAFIA TOMADA EN EL TRASATLANTICO «OLYMPIC», EN EL MOMENTO EN QUE
EL PRESIDENTE DE LA FOX FILM DESPIDIO AL FAMOSO DIRECTOR ALEMAN

LIONEL BARRYMORE
EL INTERESANTE ACTOR DE
LA METRO GOLDWYN MA-
YER, EN UNA DE SUS CARAC-
TERIZACIONES MAS ESTU-
PENDAS



BARBARA KENT

NO TIENE NADA DE BARBARA Y SI MUCHO DE TIERNA Y COMPA-
SIVA, COMO PUEDE APRECIARSE EN ESTE GRABADO